

«ya podrás ir á Atenas á aprender la sabiduría;» con lo cual fué á Atenas, y un filósofo injuriaba á los que entraban á oírle de nuevo, por ver si tenían paciencia, y como le hiciese una injuria, y él se riyese, dijo-le: «¿cómo te ries injuriándote yo?» Respondió: «tres años di dones porque me injuriasen, y ahora hallando quien me injurie de valde ¿no quieres que me ria?» Entonces dijo el filósofo: «entra, que tú eres bueno para la sabiduría.» De lo cual concluía el abad Juan que la paciencia era puerta de la sabiduría.

El P. Mafeo, en la vida que escribe de nuestro bienaventurado P. San Ignacio (1), cuenta que yendo una vez nuestro Padre en peregrinacion de Venecia á Pádua con el P. Diego Laínez, con unos vestidos muy viejos y remendados, viéndolos un pastorcillo, llegóse cerca de ellos y comenzóse á reir y burlar de ellos. Paróse nuestro Padre con mucha alegría, y dícele el compañero que por qué no andaba y dejaba aquel muchacho. Respondió, ¿por qué habemos de privar á este niño de este contento y alegría que se le ha ofrecido? Asi se estuvo parado para que el muchacho se hartase de mirarlo, y de reir y burlar de él, recibiendo él mayor contento con este desprecio que los del mundo reciben con las honras y estima.

De nuestro P. S. Francisco de Borja (2) se cuenta en su vida, que yendo una vez de camino con el P. Bustamente, que era su compañero, llegaron á una posada, donde no hubo para dormir sino un aposentillo estrecho con sendos jergones de paja; acostáronse los Padres, y el P. Bustamante por su vejez, y ser fatigado de asma, no hizo en toda la noche sino toser y escupir, y pensando que escupia hácia la pared, acer-

(1) Mafejus, in vita S. P. N. Ignatii, lib. 3, cap. 5.  
(2) Lib. 4, cap. 5 de su vida.

tó á caso á escupir en el P. S. Francisco, y muchas veces en el rostro. El S. P. no habló palabra, ni se mudó, ni desvió por elló. A la mañana, cuando el P. Bustamante vió de día lo que habia hecho de noche, quedó en gran manera corrido y confuso; y el P. S. Francisco, no menos alegre y contento; y para consolarle, le decia: «no tenga pena de eso, Padre, que yo le certifico que no habia en el aposento lugar mas digno de ser escupido que yo.»

CAPITULO XXV.

Del ejercicio de humildad que tenemos en la Religion.

El bienaventurado S. Basilio (1), prefiriendo y anteponiendo la vida monástica á la solitaria, una de las razones que de esto dá, es porque la vida solitaria, fuera de ser peligrosa, no es tan suficiente para alcanzar las virtudes necesarias como la monástica, por carecer del uso y ejercicio de ellas. Porque ¿cómo se ejercitará en la humildad el que no tiene alguno á quien humillarse? Y ¿cómo se ejercitará en la caridad y misericordia quien no tiene trato ni comunicacion con otro? ¿Y cómo se podrá ejercitar en la paciencia el que no tiene quien le resista á lo que quiere? Pero el religioso que vive en comunidad tiene gran comodidad para alcanzar todas las virtudes necesarias, por la ocasion grande que tiene de ejercitarse en todas ellas: en la humildad, porque tiene á quien se humillar y sujetar; en la caridad, porque tiene con quien la ejercitar; en la paciencia, porque á quien trata con tantos, nunca le faltan ocasiones para esto; y asi podiamos ir discurriendo por las demás virtudes. Mucho debemos al Señor los religiosos por la merced tan grande que nos

(1) Basil. in Regul. fusius disput. 7.

ha hecho en traernos á la Religion, donde hay tanta disposicion y tantos medios para alcanzar la virtud; al fin es escuela de perfeccion. Pero nosotros tenemos en esto particular obligacion; porque, fuera de los medios comunes, nos ha dado otros muy particulares, y especialmente para alcanzar la virtud de la humildad, y esto de Regla y constitucion. De manera, que si guardamos bien nuestras Reglas, seremos muy humildes, porque en ellas tenemos muy bastante ejercicio para ello. Tal es el que nos pide aquella regla y constitucion, tan principal é importante en la Compañía (1), que nos manda tengamos toda nuestra conciencia descubierta al superior, dándole cuenta de todas nuestras tentaciones, pasiones y malas inclinaciones, y de todos nuestros defectos y miserias; y aunque es verdad que esto se ordena para otros fines, como diremos en su propio lugar (2); pero no hay duda, sino que es grande ejercicio de humildad. Tal es tambien el que nos pide aquella regla (3), que dice: «Para mas aprovecharse en espíritu, y especialmente para mayor bajeza y humildad propia, deben todos contentarse que todos los errores y faltas, y cualesquiera cosas que se notaren y supieren suyas, sean manifestadas á sus mayores por cualquiera persona que fuera de confesion las supiere. Nótese aquella razon que dá, «para mayor bajeza y humildad propia;» porque eso es lo que vamos diciendo. Si deseais la verdadera humildad, vos os holgareis de que todas vuestras faltas sean manifestadas á vuestros mayores. Y asi el buen religioso y humilde, él mismo vá á decir sus faltas al superior y á pedir penitencias por ellas, y procura que el primero de quien el superior sepa sus fal-

(1) 3 p. const. c. 1, § 12; et Reg. 40 et 41 Summarii.  
(2) P. III, trat. 7.  
(3) Reg. 9 Summarii, c. 4 eorum, § 8.

tas sea de él mismo. Y no solo esto, sino mucho mayor ejercicio de humildad tenemos en la Compañía, porque públicamente decís vuestras culpas delante de todos, para que os desprecien y os tengan en poco; que ese es el fin de ese ejercicio de humildad, no para que os tengan por humilde y mortificado, porque ese no seria acto, ni ejercicio de humildad, sino de soberbia. Con este mismo espíritu habeis de tomar y desear las reprensiones, no solo en particular y en secreto, sino en público delante de todos, y cuanto es de vuestra parte os habeis de holgar que se haga aquello muy de veras, y que lo sientan todos asi, y os tengan por tal. Y generalmente el uso y ejercicio de todas las penitencias y mortificaciones exteriores, que se usa en la Compañía, ayuda mucho para alcanzar y conservar la verdadera humildad; el besar los pies, el comer debajo de la mesa ó hincado de rodillas, el postrarse á la puerta del refectorio, etc. Si estas cosas se hacen con el espíritu que se han de hacer, serán de mucho provecho para alcanzar la verdadera humildad y para conservarla. Cuando os sentais á comer en el suelo, habeislo de hacer con un conocimiento interior de vos mismo que no mereceis sentaros á la mesa con vuestros hermanos; y cuando les besais los pies, que no mereceis aun besar la tierra que ellos pisan; y cuando os postrais, que mereceis que todos os pisen la boca. Y habeis de querer y desear que todos lo sientan asi. Y seria muy bueno que, cuando uno hace estas mortificaciones, se actuase interiormente en estas consideraciones, como hacia aquel santo monge que estuvo siete años á la puerta de un monasterio, de quien digimos en el capítulo pasado; porque de esa manera serán ellas de mucho provecho y engendrarán humildad allá dentro en el corazón. Pero si vos haceis esas cosas sin espíritu y solamente exteriormente, serán de poco provecho;

porque, como dice San Pablo (1), eso es hacer las cosas por cumplimiento y costumbre, cuando se hace solamente lo exterior sin espíritu y sin procurar conseguir el fin que se pretende en ello. Si vos acabais de besar los pies á vuestros hermanos y de postraros para que todos os pisen, y despues les hablais palabras ásperas y desabridas, no viene bien lo uno con lo otro: esto es señal que aquello fué cumplimiento ó hipocresía.

Estos y otros muchos ejercicios de humildad tenemos en la Compañía, de regla y constitucion. Hélos querido traer aqui á la memoria, aunque los apuntamos arriba á otro propósito (2), para que pongamos los ojos en ellos, y eso sea en lo que principalmente ejercitemos la humildad; porque en lo que el religioso ha de ejercitar y mostrar principalmente la virtud y mortificacion, ha de ser en aquello que es menester para guardar muy bien las Reglas y Constituciones de su Religion; porque eso es en lo que consiste nuestro aprovechamiento y perfeccion. Y si no teneis virtud para poner por obra las cosas de humildad y mortificacion, á que os obliga vuestra Regla é Instituto, no hagais caso de cuanto teneis. Como podemos decir tambien de cualquier cristiano, que lo principal para que tiene necesidad de humildad y mortificacion, es para guardar la Ley de Dios; y si para eso no la tiene, poco ó nada le aprovechará. Si no tiene humildad y mortificacion para confesar una cosa vergonzosa, sino que de vergüenza, ó por mejor decir, de soberbia la deja y quebranta un mandamiento tan principal; ¿qué le aprovechará cuanto tuviere é hiciere, pues por solo eso se condenará? Asi podemos decir en su

(1) Corporalis exercitatio ad modicum utilis est. I. ad Tim. IV, 8.  
(2) Trat. 1, c. 7.

modo del religioso: si vos no teneis humildad para descubrir al superior vuestra conciencia y cumplir una regla tan principal como esa, ¿de qué sirve la humildad y la mortificacion? Si aun no podeis sufrir que otro avise de vuestra falta al superior para que os corrija, ¿dónde está vuestra humildad? Si no la teneis para recibir la reprehension y la penitencia, y para hacer el oficio bajo y humilde, y para ser incorporado en el grado que os quisiere poner la Compañía; ¿de qué sirve la humildad y la indiferencia y para qué la quieren los superiores? A este modo puede especificar cada religioso en las cosas particulares de su Religion, y cada uno en las particulares que pide su estado y oficio.

CAPITULO XXVI.

Que nos habemos de guardar de hablar palabras que puedan redundar en nuestro loor.

Los Santos y maestros de la vida espiritual, Basilio (1), Gregorio, Bernardo y otros, nos avisan que nos guardemos con mucho cuidado de hablar palabras que puedan redundar en nuestra alabanza y estima, conforme á aquello que el santo Tobias aconsejaba á su hijo: "Nunca permitas que la soberbia se enseñoree en tu corazon ni en tus palabras (2)." Pondera muy bien San Bernardo á este propósito el siguiente pasage de San Pablo: Habia dicho el Apóstol algunas cosas grandes de sí, porque convenia así para los oyentes y para la mayor gloria de Dios; y pudiera decir otras mayores (3), pues habia sido arrebatado al tercero cielo, donde vió y entendió mas de lo que la lengua puede hablar, pero "déjo-

(1) Basil. *serm. de exercitatione Monastica.*  
(2) Superbiam nunquam in tuo sensu, aut in tuo verbo dominari permittas. *Tobiae IV, 14.*  
(3) Notat Gregor. *lib. 8 Moral, c. 3.*

las, dice (1), de decir, porque no piense alguno de mí mas de lo que hay y se ve en mí." Dice San Bernardo: "¡Oh! ¡qué bien dijo: yo perdono ahora eso! El soberbio y el arrogante no perdona á esas cosas, porque no deja pasar ninguna ocasion en que pueda mostrar ser algo que no lo haga; antes algunas veces añade y dice mas de lo que es para ser tenido y estimado en mas. Solo el verdadero humilde deja pasar estas ocasiones, y para que no le tengan en mas de lo que es, quiere encubrir lo que verdaderamente es (2)." Y descendiendo en esto mas en particular, dice: "Nunca digais cosa de donde podais parecer muy letrado, ó muy religioso, ú hombre de oracion (3);" y generalmente, cosa que pueda redundar en vuestro loor, de cualquier manera que sea, siempre os habeis de guardar de decirla, porque es cosa muy peligrosa, aunque la podais decir con mucha verdad, y aunque sea de edificacion, y os parezca que la decís para bien y provecho del otro: basta ser cosa vuestra para no la decir. Siempre habeis de andar muy recatado en esto, para que no perdais con eso el bien que por ventura hicistes.

San Buenaventura dice: "Nunca digais palabras que den á entender que sabeis ó teneis habilidad, ingenio ó talento particular, ni tampoco digais cosa por donde pueda los otros entender que allá en el siglo érades algo (4)." Parece muy mal en la

(1) Parco autem, ne quis me existimet supra id quod videt in me, aut aliquid audit ex me. *II. ad Cor. XII, 6.*  
(2) Quam pulchre dixit parco! Non parcit sibi arrogans, non parcit sibi superbus, non cupidus vanae gloriae, et jactator actuum suorum, qui vel sibi arrogat quod est, vel mentitur quod non est. Solus qui vere humilis est, parcit animae suae, qui ne putetur quod non est, semper, quantum in se est, vult nesciri quod est. *Bernard. Epist. 87.*  
(3) Loquens nihil dicat, unde multum eruditus, multumque Religiosus possit putari. *Bernard. in spec. Monach.*  
(4) Nunquam de scientia, vel de saeculi statu se jactent. *Bonav. in spec. disci. p. 3, c. 3.*

Religion preciarse de la nobleza y estado de los suyos, porque todos esos linages y estados son un poco de viento; y como decia uno muy bien: "la nobleza, ¿sabeis para qué es buena? para menospreciarla como la riqueza." De lo que acá se hace caso, es de la virtud y humildad que tuviéredes: esto es lo que se estima; que lo que érades, ó no érades allá fuera, todo es aire; y el que en la Religion se precia de esas cosas, ó hace caso de ellas, muestra bien su vanidad y poco espíritu; ese tal no ha dejado ni menospreciado el mundo. Dice San Basilio: "El que ha nacido con otro nacimiento nuevo y ha contraído parentesco espiritual y divino con Dios, y recibido poder para ser hijo suyo, avergüenzase de ese otro parentesco carnal y olvidase de él (1).

En cualquiera parecen mal las palabras de su alabanza; y asi dice el proverbio: "La alabanza en la propia boca se envilece (2)." Y mejor el Sábio: "Alábeta otro, y no tu boca; el estraño, y no tus labios (3)." Pero en la boca del religioso parecen mucho peor, por ser tan contrarias á lo que profesa, y por donde uno piensa que será estimado, viene á ser desestimado y tenido en poco. San Ambrosio, sobre aquellas palabras del Profeta: "Mirad, Señor, mi humildad, y libradme (4)," dice: "aunque uno sea enfermo, pobre y de baja suerte, si él no se ensoberbece ni se quiere preferir á nadie, con la humildad se hace amar y estimar: esa lo suple todo (5)." Y por el contrario, aunque uno sea muy rico, noble, poderoso, y aunque sea muy letrado y tenga muchas partes y habilidad, si él se jacta y

(1) Qui natus est ex spiritu juxta Domini vocem, et potestatem accepit fieri filius Dei, eum cognationis secundum carnem pudet. *Basil. in Reg. Brev. 90.*  
(2) Laus in ore proprio vilescit.  
(3) Laudet te alienus, et non os tuum; extraneus, et non labia tua. *Prov. XXVII, 2.*  
(4) Vide humilitatem meam, et eripe me. *Ps. CXVIII, 153.*  
(5) Ipse se humilitate commendat. *Ambr. serm. 90.*

engrie de esto, con eso se apoca y abate, y viene á ser despreciado y tenido en menos (1), porque viene á ser tenido por soberbio.

Del abad Arsenio cuenta su historia (2), que con haber sido en el mundo tan ilustre y eminente en letras, porque fué maestro de los hijos del emperador Teodosio, Arcadio y Honorio, que tambien fueron emperadores; con todo eso, despues que se hizo monge, jamás se le oyó palabra que oliese á grandeza, ni que diese á entender que sabia letras, antes conservaba y trataba con los demas monges con tanta humildad y llaneza como si no supiera letras ningunas, y preguntaba á los monges mas simples las cosas del espiritu, diciendo que en esta altisima ciencia no merecia ser su discipulo. Y del bienaventurado San Gerónimo se dice en su vida que era de linage nobilísimo; y con todo eso, en todas sus obras no se halla que él haya dado significacion alguna de ello.

Dice San Buenaventura una razon muy buena (3): entended que apenas puede haber en vos cosa buena y digna de loor, que no se les trasluza á los otros y la entiendan y sepan; y si vos callais y la escondais, agradareis mucho mas y sereis mas digno de loor, asi por la virtud como por quererla encubrir; pero si vos la manifestais y haceis plato de ella, harán burla de vos; y de donde antes se edificaban y os estimaban, os vendrán á despreciar y tener en poco. Es en esto la virtud como el almizcle, que mientras mas le escondais, mas se muestra con el olor que da; y si lo traeis descubierto, presto perderá el olor.

Cuenta San Gregorio (4) que un san-

(1) Insolentia sibi vilis est. *Ib.*  
(2) *Metaph. et Surius. in vita Arsenii.*  
(3) *Bonav. de inform. novit. p. 1, c. 25.*  
(4) *Greg. lib. 3 Dialog. c. 33.*

to abad, llamado Eleuterio, iba una vez examinando, y llegando á hacer noche á un monasterio de monjas, le hospedaron en cierta casa, donde estaba un muchacho muy atormentado del demonio, el cual fué aquella noche su compañero. Venida la mañana preguntáronle las monjas si le habia venido á aquel mozo algun accidente. Respondió que no. Entonces dijeron ellas que era muy atormentado cada noche del demonio, y ruéganle con mucha instancia que le lleve consigo al monasterio. Aceptó el viejo sus ruegos, y como estuviere mucho tiempo en el convento y no se osase llegar á él el enemigo antiguo, fué tocado el corazon del viejo de alguna alegría desordenada y vano contento por la salud del mozo, y hablando con sus monges, dijoles: «Burlábase, hermanos, el demonio con aquellas monjas, atormentando este mozo; mas despues que ha venido al monasterio de los siervos de Dios, no se ha atrevido á llegar á él.» En diciendo estas palabras, súbitamente delante de todos fué el mozo atormentado del demonio: lo cual visto por el santo viejo, comenzó á llorar amargamente, viendo que su vanagloria habia sido causa de aquel desmán; y consolándole los monges, les dijo que ninguno de todos ellos comeria bocado hasta que alcanzasen la salud de aquel mozo. Y postrados todos en oracion, no se levantaron de ella hasta que fué sano el enfermo. Por donde se verá cuánto aborrece Dios las palabras que tienen algun resabio de alabanza propia, aunque se digan burlando, por gracia y por donaire, como parece que las dijo este Santo.

CAPITULO XXVII.

Como nos habemos de ejercitar en la oracion en este segundo grado de humildad.

Nuestro Padre en las Constituciones po-

ne aquella regla tan principal (1) y de tanta perfeccion que dijimos arriba (2), que asi como los mundanos aman y desean con tanta diligencia honras, fama y estimacion de mucho nombre en la tierra, asi los que van en espiritu y siguen de veras á Cristo nuestro Redentor, aman y desean intensamente todo lo contrario, deseando pasar injurias, falsos testimonios y afrentas y ser tenidos por locos, no dando ellos ocasion alguna de ello, por desear parecer é imitar en alguna manera á nuestro Criador y Señor Jesucristo. Y manda que todos los que hubieren de entrar en la Compañia sean primero preguntados si tienen estos deseos. Cosa recia parece por cierto que un novicio recién cortado del mundo, y que viene corriendo sangre, como dicen, sea examinado por una regla tan estrecha y de tanta perfeccion como esta. Ahí se verá la perfeccion grande que nuestro Instituto nos pide: quiere hombres verdaderamente deshechos de sí, y que estén muertos del todo al mundo. Pero porque esto es dificultoso y de grande perfeccion, añade nuestro Padre, que si alguno, por nuestra humana flaqueza y miseria, no sintiere en sí tan encendidos deseos de esto, que sea preguntado si tiene á lo menos deseo de tenerlos, y con eso, y con que esté dispuesto á llevarlo en paciencia cuando se le ofrecieren semejantes ocasiones, se contenta; porque esa es buena disposicion para aprender y aprovechar; basta que el aprendiz entre con deseo de saber el oficio y se aplique á eso, de esa manera saldrá con ello. La Religion es escuela de virtud y perfeccion; entrad con ese deseo, y con la gracia del Señor saldreis con lo que deseais.

Pues comencemos por aqui este ejercicio, vámoslo tomando poco á poco. Decís

(1) Cap. 4, exam. §. 44 et 43.  
(2) Cap. V.

que no sentís en vos deseos de ser despreciado y tenido en poco; pero que deseais tenerlos: comenzad por abí á exercitaros en la oracion en esta virtud de la humildad; decid con el Profeta: «Deseó mi ánima desear vuestras justificaciones en todo tiempo (1).» «¡Oh Señor, y cuán lejos me veo de tener aquellos vivos y encendidos deseos que tenían aquellos grandes Santos y verdaderos humildes, de ser despreciados del mundo! Mucho querria llegar siquiera á tener deseo de tener esos deseos: deseo desearlo.» Bien vais por ahí, muy buen principio y disposicion es esa para alcanzarlo; insistid y perseverad en eso en la oracion, y pedid al Señor que os ablande el corazon, y deteneos en eso algunos dias; porque agradan mucho al Señor esos deseos y los oye él de muy buena gana; pues dice el Profeta: «El deseo de los pobres lo oyó el Señor, y la preparacion de su corazon la percibió tu oido (2).» Presto os dará Dios un deseo de padecer algo por su amor y de hacer alguna penitencia por vuestros pecados; y cuando os le diere ¿en qué podeis emplear mejor ese deseo de padecer? ¿Y en qué podeis hacer mayor penitencia, que en ser despreciado y tenido en poco por su amor en recompensa de vuestros pecados? Como decia David, cuando le maldecia y deshonoraba Semei: «dejadle, que por ventura será servido el Señor de recibir estas afrentas y desprecios en descuento de mis pecados, y será esa gran dichamia (3).»

Y cuando el Señor os hiciese esa merced que sintais en vos esos deseos de ser despreciado y tenido en poco, por parecer

(1) *Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore. Ps. CXVIII, 20.*  
(2) *Desiderium pauperum exaudivit Dominus: praeparationem cordis eorum audivit auris tua. Ps. IX, 38.*  
(3) *II. Reg. XVI, 11.*

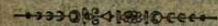
é imitar á Cristo, no habeis de pensar que está acabado el negocio y que habeis alcanzado ya la virtud de la humildad; antes entonces habeis de hacer cuenta que ha de comenzar de nuevo el plantar y asentar en vuestra alma la virtud. Y así habeis de procurar no pasar ligeramente por esos deseos, sino deteneros en ellos muy de espacio, y ejercitaros mucho tiempo en ellos en la oración, hasta que lleguen á ser tales y tan eficaces que se estiendan á la obra. Y cuando llegáredes á eso, que os parece que lleváis bien las ocasiones que se os ofrecen, en la misma obra hay muchos grados y escalones que subir para llegar á la perfección de la humildad. Porque lo primero es menester que os ejerciteis en llevar con paciencia todas las ocasiones que se ofrecieren, que tocaren á vuestro desprecio y desestima: en lo cual habrá que hacer por algún tiempo, y aun por ventura por mucho. Después habeis de pasar adelante y no parar ni descansar hasta que os holgáreis en el desprecio y afrenta, y sintáis en eso tanto contento y gusto como los mundanos en cuantas honras, riquezas y placeres hay en el mundo, conforme á aquello del Profeta: "Me deleité en el camino de tus Mandamientos, como se alegran otros en todas las riquezas (1)." Cuando deseamos alguna cosa de veras, naturalmente nos holgamos cuando la alcanzamos, y si mucho la deseamos, mucho nos holgamos; y si poco, poco. Pues tomad esto por señal para ver si deseais de veras ser tenido en poco y si vais creciendo en la virtud de la humildad. Y lo mismo es en las demás virtudes.

Para que nos aprovechemos más de este medio de la oración y con él se nos vaya imprimiendo más en el corazón la

(1) In via testimoniorum tuorum delectatus sum, sicut in omnibus divitiis. Ps. CXVIII, 44.

virtud, habemos de ir en ella descendiendo á casos particulares y dificultosos que se nos pueden ofrecer, animándonos y actuándonos en ellos como si los tuviésemos presentes, insistiendo y deteniéndonos en eso hasta que ninguna cosa se nos ponga delante, sino que todo quede allanado, porque de esa manera se va desarraigando el vicio, y la virtud embendiendo y entrañando en el corazón y perfeccionándose más. Es muy buena comparación para esto lo que hacen los plateros para refinar el oro: derritenlo en el crisol, y cuando está derretido, echan allí un granito de solimán y comienza el oro á hervir con grande furia y braveza hasta que se acaba de gastar el solimán, y en gastándose sosiégase el oro. Torna el platero á echar otro granito de solimán, y torna el oro á hervir; pero no con tanta furia como la primera vez, y en consumiéndose el solimán tórnase el oro á sosegar; torna á echar tercera vez otro poquito de solimán, y torna el oro á hervir, pero mansamente; torna cuarta vez á echar otro poco de solimán y ya no hace ruido el oro con el solimán, ni hace sentimiento más que si nada le echaran, porque está ya refinado y purificado, y esa es la señal de ello. Pues esto es lo que nosotros habemos de hacer en la oración, echar un granito de solimán, imaginando que se os ofrece una cosa de mortificación y desprecio, y si os comenzáis á azorar y turbar, deteneos en eso, hasta que con el calor de la oración se gaste ese granito de solimán y hagáis rostro á aquello, y quedéis quieto y sosegado en ello. Y tornad otro día á echar otro granito de solimán, imaginando que se ofrece otra cosa dificultosa y de mucha mortificación y humillación; y si todavía hierva, y se turba la naturaleza, deteneos hasta que lo gasteis y os sosegáreis en aquello; y tornad á echar otra y otra vez otro granito, y cuando ya

no causare en vos ruido, ni turbación el solimán, sino que con cualquiera cosa que se ofrezca y se os ponga delante os quedáis con mucha paz y sosiego, entonces está refinado y purificado el oro; esa es la señal de haber alcanzado la perfección de la virtud.



CAPITULO XXVIII

Cómo habemos de traer exámen particular de la virtud de la humildad.

El exámen particular, como dijimos en su lugar (1), se ha de hacer de una cosa sola, porque de esta manera es más eficaz este medio, y de mayor efecto que si le trajésemos de muchas cosas juntas, y por eso se llama particular, porque se hace de una cosa sola. Y es de tanta importancia esto, que aun un vicio ó una virtud muchas veces, y aun lo más ordinario, es menester tomarla por partes, y poco á poco, para poder alcanzar lo que se desea. Pues así es en esta virtud: si quereis traer exámen de desarraigar la soberbia de vuestro corazón y alcanzar la virtud de la humildad, no lo habeis de tomar en general; porque la soberbia ó la humildad comprende mucho, y si lo tomáis así á bulto y en general «no he de ser soberbio en nada, sino en todo humilde;» es mucho exámen y más que si lo trajérais de dos ó tres cosas juntas, y así no hareis nada, sino habéislo de tomar poco á poco, por partes. Mirad en qué sois principalmente sentir falta de humildad y tener soberbia, y de eso comenzad; y en concluyendo con una cosa particular, tomad á pechos otra, y después otra, y de esa manera poco á poco ireis desarraigando de vos el vicio de la soberbia y alcanzando la virtud de la humildad. Pues estas cosa

iremos ahora dividiendo y desmenuzando, para que así podamos hacer mejor y con más provecho el exámen particular de esta virtud tan necesaria.

Sea lo primero, de no hablar palabras que puedan redundar en nuestra alabanza y estima. Como nos es tan natural este apetito de honra y estimación y le tenemos tan arraigado en el corazón, casi sin sentir, ni advertir en ello, se nos va la lengua á decir palabras que puedan redundar en nuestro loor directa ó indirectamente; "porque de la abundancia del corazón habla la boca (1)." En ofreciéndose alguna cosa honrosa, luego nos querríamos hacer parte en ella: «yo me hallé allí y aun fui en que se hiciera así; si no fuera por mí, etc. Desde el principio se me ofreció á mí aquello.» Yo aseguro que si la cosa no fuera tal, que aunque os hubiérais hallado y sido parte en ella, que lo callárais. A este modo hay otras palabras que muchas veces no echamos de ver hasta que después las habemos dicho; y así es muy bueno traer exámen particular de esto, para que con esta advertencia y costumbre buena quitemos esotra mala.

Lo segundo sea lo que nos avisa San Basilio (2), y es también de los Santos Gerónimo, Agustino y Bernardo, que no oigamos de buena gana que otro nos alabe y diga bien de nosotros; porque en esto hay también grande peligro. Dice San Ambrosio que cuando el demonio no nos puede derribar con pusilanimidad y desmayo, procura derribarnos con presunción y soberbia: y cuando no nos puede derribar con deshonor, trata que nos honren y alaben, para derrocarnos por allí. Del bienaventurado San Pacomio se cuenta en su

(1) Ex abundantia enim cordis os loquitur. Math. XII, 34; Luc. VI, 45.

(2) Basil. serm. de exercit. Monast.

(1) 1 part., trat. 7, cap. 4 y 5.